

A París ha venido «Hermano Lobo» para festejar su centenario. En dos años y cien números de vida, el cachorro se ha hecho adulto, y, sin complejos, presenta una exposición de sus actuales dibujantes en una de las más importantes galerías del género, Galère III. A «Hermano Lobo» no le deslucen el pelo en esta guarida de «Charlie Hebdo», de «Hara Kiri», de «Actuel» y otros semanarios satíricos; al contrario, le brilla como a un ser bien nacido y bien alimentado.

«Hermano Lobo» es un hijo del amor y de la necesidad. El calor materno se lo dio su padre, Chumy-Chúmez, que lo ha traído por las orejas a París, pues a este insolente no le debe agradar mucho la presentación en sociedad. Tras nueve meses de gestación (¿cuántos las lobas?), con los viajes de Chumy a Inglaterra, Francia, EE. UU.; contactos con las prensas «underground» de esos países, proyectos, maquetas, números cero y, finalmente, la salida a la calle, amamantado en los primeros tiempos en un 60 por ciento por el propio Chumy, el lobezno adquirió un estilo y un carácter inconfundibles e independientes de los escritores y dibujantes que le hacen aullar en



HERMANO LOBO, CENTENARIO EN PARIS



tono mayor, menor, relativo o principal: de Ibarrola a Cándido, de Manuel Vicent a Umbral, de Perich a Saltés, pasando por Torrente Ballester, OPS, Haro Tecglén, etcétera, y siempre Chumy-Chúmez, «Hermano Lobo» sigue en el terreno que se asignó y en el que se le esperaba.

Con «Hermano Lobo» se pasó del humor conformista al sentido crítico, incluso del propio humor, explorando terrenos nuevos, y no sólo plantea que «el buen gusto» es una noción burguesa, sino que aborda temas actuales con óptica renovadora.

«Hermano Lobo» desacralizó el

humor, poniéndolo al alcance de todos, rehabilitando así a un nuevo público. Robert Escarpit, en «La revolución del libro», reclama la dignidad de género literario para esta clase de publicaciones, recordando oportunamente que otras formas, como la comedia, la novela o la canción fueron consideradas en el transcurso de la Historia como una subliteratura.

El dibujo toma la sucesión de la canción contestataria, llegada a un momento de fatiga o de callejón sin salida. Por otra parte, el dibujo satírico es capaz de mover al subconsciente colectivo, gracias a su lenguaje dirigido directamente a la sensibilidad de lectores que pertenecen a la civilización de la imagen. Esto lo saben muy bien los que quieren comunicar con las masas: las octavillas sindicales, las revistas políticas, los boletines de los partidos recurren a este lenguaje directo y eficaz. El mejor ejemplo nos lo da el Ministerio francés de la Juventud, que editó el año pasado un prospecto ilustrado con

dibujos de los mejores colaboradores de «Charlie Hebdo», de «Pilote» y de «Actuel».

El éxito de una publicación así tiene raíces profundas. En primer lugar, un deseo, entre los jóvenes, de desmitificar al mundo contemporáneo, sus ideas, sus mitos y sus dogmas. Piensan que nada debe de estar por encima de la impugnación mordaz y que los individuos y las instituciones más sólidamente instalados deben sufrir la prueba de fuego de la ironía crítica. Existe también un deseo de desembarazarse del pensamiento racional, que todo lo organiza, lo clasifica y lo rige. Estos palmos de narices a la razón consuelan y alertan para la ocasión propicia.

Para ello, los semanarios satíricos deben tener una fuente popular. Los «espontáneos» que escriben en «Hermano Lobo» son, en otra gran parte, los responsables de su actualidad permanente; sería pasajera si sólo se dirigiera a un público sofisticado, y no al del «metro» o al del café. ■ RAMON CHAO.